

PRIMERA PARTE

Cuba, siglo XX y Revolución.
Las cuatro décadas más recientes
de su historia

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Intentar reconstruir la historia de Cuba es una labor realmente compleja, que nos sitúa inmediatamente en el plano político, en el plano del poder. Desde hace 44 años, el triunfo de la Revolución (con mayúscula) y el cambio que esta significó en las formas del poder en la isla caribeña, han configurado todo un proceso de legitimación de una historia cubana antes y después de 1959. Al hacerse institución, la Revolución, a su vez, institucionalizó la memoria sobre el pasado cubano y reescribió su propia historia como gesta heroica y proceso de liberación nacional.

La época anterior a 1959, fue caracterizada por la historiografía cubana como la de una pseudo república maniatada absolutamente a los intereses norteamericanos, que perpetuaron una situación de colonialismo, al intervenir en la guerra de independencia contra España y abrogarse de esa forma el derecho a decidir política, económica y militarmente sobre la isla.

La frustrada independencia se convirtió entonces en una situación de control absoluto, explotación capitalista y sometimiento del pueblo cubano, el cual vivía bajo la más fuerte opresión y en paupérrimas condiciones. Para dicha historia, 1959 fue el momento libertario en el que inevitablemente las condiciones sociales existentes colapsaron y cayeron, caída que, a su vez, debió ser impulsada por una vanguardia revolucionaria que entendía plenamente que el proceso social cubano urgía el cambio estructural. Desde ese momento Cuba entra a la historia, a través de un proceso popular reivindicativo que pervive después de cuatro décadas y a pesar de constantes y fuertes ataques externos.

Es entonces como, en torno a Cuba, se ha experimentado una polarización que va más allá de las opiniones, recayendo sobre elaboraciones teóricas, análisis y planteamientos alrededor de la historia y los procesos sociales cubanos. Polaridades que es nuestro propósito evitar para poder acercarnos a una historia cubana matizada y rica en sus complejidades. El proceso revolucionario cubano no se sustenta simplemente en la “imperiosa necesidad” de su realización, la operación *pobreza + explotación*

= *insurrección = revolución*, se ha encontrado con tropiezos y resultados diferentes alrededor del mundo. Una revolución no se define por sí misma. Pero tampoco se resuelve su existencia desde la orilla opositora que la desvirtúa y reduce su significación a la de “simple satélite” de un poder avasallador y aterrador: el comunismo soviético.

Nadando con cuidado entre aguas tan turbulentas, es importante reconocer que la historia cubana se ha ido construyendo paulatinamente a partir (y a pesar), de fuertes (y dramáticas) influencias: la secular española; la de los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX hasta 1959, y quizás hasta la actualidad, ejercida desde la más férrea oposición, en el juego constante de la acción y reacción y la influencia de la URSS. Pero a su vez, de lo que la aleja de ellas, de lo propio cubano. La Revolución y su actual pervivencia, a pesar de la caída del bloqueo soviético que la arrastraría hacia su tumba, exigen pues un análisis más que simplificador.

INTENTO DE “HISTORIZAR”

A continuación presentaremos un recuento de la historia de Cuba a partir de su independencia de España y caracterizaremos las décadas que siguieron a la Revolución cubana de 1959 en sus principales procesos sociales, económicos y culturales, que nos permitan dar cuenta de la forma en que el régimen que surgió con esta revolución se ha consolidado e institucionalizado y al mismo tiempo, acercarnos a las características de la sociedad que se ha construido en Cuba a partir de este régimen.

La inserción de Cuba al mundo occidental, al igual que la de los demás países de América, se llevó a cabo en el marco del colonialismo. Los más de tres siglos de imperancia española en Latinoamérica fueron casi cuatro en Cuba, pues la isla permaneció ajena al gran movimiento de emancipación de los años 1810-1824. La primera guerra de independencia se inicia en 1868 y se prolonga por diez años, sin embargo la precaria república que se instala a partir de ella se hunde en medio de guerrillas salvajes. Sólo en 1895 se retoma el proceso independentista que dura hasta 1898. Tres años de cruentas luchas, durante los cuales los españoles no pudieron vencer a las tropas insurrectas, pero en los que tampoco fueron desalojados de la isla debido al control que ejercían sobre las ciudades.

Ya desde los años treinta del siglo XIX, una gran parte de la burguesía azucarera cubana contemplaba la posibilidad de anexión a los EE.UU., país que culminaba su proceso de expansión del Este hacia el Oeste y que con un naciente dinamismo proyectaba como sus nuevos horizontes al Caribe y al Pacífico. “La colonia más rica y más floreciente en manos de cualquier potencia europea” (Elorza-Hernández: 1998, p. 107), con un mercado volcado hacia fuera, dinámico y necesitado de grandes capitales,

ya no podía ser atendida por una metrópoli de escaso desarrollo comercial e industrial como la española. Pero existía a su vez otro sector de la sociedad cubana, siendo José Martí su figura representativa, que propugnaba por la independencia total, desde una perspectiva nacionalista, panamericanista y anti-norteamericana; para este sector, Cuba contaba con todo para ser independiente y no tenía sentido alguno prolongar “su sumisión a una posición vejatoria”.

De este modo, se iniciaba un enfrentamiento entre dos sistemas políticos, principalmente el de la España de la Restauración oligárquica y la democracia imperialista de EE.UU., pero también el de un tercer sistema sociopolítico en ciernes, el cubano, que no conseguiría la plena independencia. (Elorza-Hernández, 1998, p. 208). La guerra contra España finalizaba en 1898 con la intervención de los EE.UU., quienes no podían aceptar en Cuba una guerra prolongada que pusiese en peligro sus intereses económicos sobre la isla.

El siglo XX cubano se inicia con un proceso intenso de integración al sistema económico capitalista norteamericano, a partir de la producción cañera y del aprovechamiento de los recursos de la isla; y a nivel político, limitado por una figura jurídica denominada Enmienda Platt que negaba a la recién nacida república la autoridad para firmar tratados, señalaba límites para la deuda nacional y creaba las condiciones para una intervención estadounidense si las vidas o bienes norteamericanos eran amenazados (Tokatlíán, 1984, p. 15). De hecho, hubo desembarco de marines norteamericanos en Cuba en 1906, 1912 y 1917 (Zorgbibe, 1997, p. 303).

El recién firmado Tratado de Reciprocidad, ligaba el negocio principal de la isla, el azúcar, a un único mercado: el de Estados Unidos. Pero también abría sectores claves de la economía cubana como el tabaco, la ganadería, la minería, el transporte, las empresas de servicios públicos y la banca al control extranjero, en su mayor parte estadounidense. La producción cañera frenaba la diversificación económica porque promovía que las pequeñas unidades fueran absorbidas por los latifundios, y que la concentración de la propiedad pasara de la familia local a la empresa extranjera. También este tratado abrió la isla a los productos estadounidenses en condiciones sumamente favorables para la potencia, las manufacturas estadounidenses saturaron el mercado cubano y obstaculizaron el desarrollo de la competencia local. Como gran parte de la riqueza nacional pasó rápidamente a manos extranjeras, los cargos políticos daban a quienes lograban ocuparlos así como a sus seguidores, acceso a los mecanismos de asignación de recursos y beneficios en el gobierno.

Hacia los años treinta del siglo XX, cuando muchos de los países latinoamericanos iniciaban su recorrido en la producción capitalista, configurando sus mercados internos a partir de la sustitución de importaciones y la creación de industrias, Cuba ya había

experimentado un extraordinario crecimiento de su economía, de los más rápidos en el mundo de entonces: casi tres décadas de acumulación conocidas como “la danza de los millones” que fueron producto del aumento de la demanda de azúcar a nivel mundial al fin de la Primera Guerra (Gerard, 1981, p. 200). Sin embargo, toda esta generación de riqueza correspondía al modelo de dependencia dentro del que se insertaba la isla: al de la producción azucarera y el mercado norteamericano, lo cual impedía cualquier estrategia de desarrollo autocentrado, industrialización y diversificación.

Con la crisis económica mundial que se inicia por aquellos años, el mercado del azúcar cae y en la isla se suceden las quiebras comerciales, bancarias e industriales. Se toman medidas como las reducciones salariales y los despidos, aumentan el número de huelgas, y el gobierno cubano responde con detenciones, torturas y asesinatos. Los años treinta cubanos, en el aspecto sociopolítico, son caracterizados como años de represión. Ya desde entonces, según Leslie Bethell (1992, p. 153), los intelectuales, los estudiantes y los obreros habían llevado el disenso más allá de los límites de la tradicional política de partidos, penetrando en el terreno de la reforma y la revolución. La Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) de fuerte activismo político, había sido creada en 1923 y el Partido Comunista cubano en 1925.

El entonces presidente, Gerardo Machado, empieza a ser visto como un dictador; la oposición aumenta y en el interior actúan bandas armadas que se organizan en células clandestinas quienes atacan sistemáticamente al gobierno. El Ala Izquierda Estudiantil forma escuadrones de acción integrados por guerrilleros urbanos y lleva la lucha a las calles. El ambiente se polariza y Machado es depuesto en 1933. La caída de Machado respondería a una acción directa de los EE.UU., quienes convencen a los militares cubanos de un golpe de Estado al presidente, el cual era percibido como un peligroso agente desestabilizador debido a su política de represión. Para ese mismo año, la derogación de la Enmienda Platt se inscribe dentro del marco de la política del buen vecino instaurada durante el gobierno de Theodore Roosevelt, pero inmediatamente se asienta una base militar norteamericana en Guantánamo.

Se instala en Cuba un nuevo gobierno revolucionario provisional, el cual pretende impulsar reformas como la nacionalización, la reforma agraria, entre otras; sin embargo, para este momento aparece en la escena cubana el general Fulgencio Batista, quien respaldado por los EE.UU., actúa contra el recién instaurado gobierno y ayuda a la llegada de Carlos Mendieta a la presidencia. Durante este periodo continúa la lucha de grupos armados contra el gobierno y la situación se hace tensa: frecuentes manifestaciones antigubernamentales y protestas obreras, detenciones, torturas y asesinatos de los huelguistas, los sindicatos son declarados ilegales, la universidad es ocupada. El apoyo a Mendieta se reduce sustancialmente y este dimite. El vacío de poder es

entonces llenado por Batista y las fuerzas armadas, aumentando su prestigio a medida que restaura el orden y la estabilidad. Los años 30 concluyen en medio de una fuerte represión y corrupción en los gobiernos. La corrupción y los desfalcos seguirían presentándose en grados muy altos en los gobiernos siguientes.

Abandonando la lógica de la violencia como forma para alcanzar el poder, el Partido Reformista Cubano/Auténtico, recurrió a la política electoral y se dedicó a construir una nueva infraestructura de partido y fomentar el apoyo a la base. Para el periodo de 1944 a 1952, arriba al poder dicho partido, despertando enormes expectativas populares, las cuales son defraudadas debido a escandalosos casos de corrupción y enriquecimiento personal. La disidencia de los Auténticos, a la cabeza de Eduardo Chibás, un destacado líder estudiantil de 1933, organiza el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo), afirmando defender los ideales del decenio de 1930: independencia económica, libertad política, justicia social y honradez pública, anticorrupción y anti-imperialismo.

En 1952, ochenta días antes de las elecciones presidenciales en las que muy seguramente obtendría el triunfo el Partido Ortodoxo, a pesar del sorpresivo suicidio de Chibás; el general Fulgencio Batista llega desde Miami para dar un golpe de Estado al potencial gobierno y derogar la constitución, volviendo así al poder en la isla. El 10 de marzo, día del golpe, se pronuncia el joven abogado Fidel Castro, político del Partido Ortodoxo quien se postulaba como diputado en las truncadas elecciones, denunciando en carta pública la ilegalidad del golpe:

Revolución no, zarpazo; patriotas no, liberticidas, usurpadores retrógrados, aventureros, sedientos de oro y poder. No fue cuartelazo a Prío, fue un cuartelazo contra el pueblo [...] Cubanos, hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la patria, pero habrá algún día otra vez libertad... Yo invito a los cubanos de valor a los bravos militantes del partido glorioso de Chibás; la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde. Vivir en cadenas es vivir en oprobio y afrenta sumidos, morir por la Patria es vivir²¹.

La denuncia hecha por las vías jurídicas y constitucionales fracasó. Se inicia de nuevo un periodo de lucha armada, en la que cobra especial importancia la figura de Fidel Castro, quien entra en lucha activa contra el nuevo dictador:

El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideas sinceras, a los que exponen el pecho

²¹ Kuchilán, Mario. (1981). "El deber y el derecho de hacer la Revolución". *Bohemia*. La Habana, 30 de marzo, 1973, No. 13, p. 13. Citado por: Gerard, Pierre-Charles. *El Caribe a la hora de Cuba. Estudio sociopolítico (1929-1979)*. La Habana: Premio Casa de las Américas.

descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba (Fidel Castro, 1952).

De nuevo, en 1953, un movimiento clandestino organiza un ataque; esta vez a un cuartel del Ejército, el cuartel Moncada en Santiago de Cuba, con el objetivo de conseguir armas y, al mismo tiempo provocar una sublevación popular. Sin embargo, la acción militar fracasó, fueron varios los muertos y, los sobrevivientes, entre ellos Fidel Castro, fueron enjuiciados y condenados a 15 años de prisión y trabajos forzados; pero son liberados dos años después por la amnistía para los presos políticos decretada por Batista. Los asaltantes del Moncada se exilian en México, en donde tienen contacto con el argentino Ernesto Guevara, quien aúna sus ideales revolucionarios a los de los cubanos, y planean regresar a la isla para iniciar la lucha armada por la toma del poder.

Después de la famosa llegada en 1956 de los cubanos, liderados por Castro, a bordo del yate “Granma”, para el levantamiento que fue aplastado antes del desembarco, empieza una guerra de guerrillas acompañada de un importante movimiento de resistencia cívica compuesto por grupos clandestinos urbanos que coordinaron actos de sabotaje y terror en las principales ciudades; dichos grupos se habían formado inspirados por la incursión en el Moncada. Sumando poco a poco la conquista de pequeños territorios, los rebeldes lograron aislar todas las ciudades y boicotear las elecciones presidenciales, precipitando la huida del General Batista. La revolución había triunfado.

Más allá de toda una épica de la revolución, el historiador británico Eric Hobsbawm explica el hecho revolucionario de la siguiente manera:

Fidel ganó porque el régimen de Batista era frágil, carecía de apoyo real, excepto del nacido de las conveniencias y los intereses personales, y estaba dirigido por un hombre al que un largo periodo de corrupción había vuelto ocioso. Se desmoronó en cuanto la oposición de todas las clases, desde la burguesía democrática hasta los comunistas, se unió contra él y los propios agentes del dictador, sus soldados, policías y torturadores, llegaron a la conclusión de que su tiempo había pasado. Fidel lo puso en evidencia y, lógicamente, sus fuerzas heredaron el gobierno. Un mal régimen con pocos apoyos había sido derrocado (Hobsbawm, 1995, p. 437).

Investigaciones realizadas desde Estados Unidos concluían que el clima político de la región, había empeorado y predominaba una política de “incomprensión” hacia los EE.UU.; según los latinoamericanos por: apoyo a dictadores, relaciones comerciales perjudiciales, jerarquización de los nexos de EE.UU. con otros continentes en detrimento de América Latina y las inversiones de capital privado como instrumento de saqueo de las riquezas de las naciones.

La Revolución cubana entonces, plantea este autor, logró sobrevivir gracias a

un cambio suficiente en la correlación de fuerzas [...], la multiplicación de actores en el escenario internacional, la emergencia de una corriente política tercermundista, el renacer de polos económicos competitivos capaces de hacer frente a la supremacía industrial y comercial norteamericana, el fortalecimiento de la URSS y el deterioro de las posiciones e imagen de EE.UU.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

I. REVOLUCIONAR A CUBA

Tras el triunfo de los rebeldes, después de tres años de luchas contra el Ejército batistiano, el nuevo gobierno se instaló en medio de la efervescencia popular y el fervor revolucionario:

La mayoría de los cubanos vivió la victoria del ejército rebelde como un momento de liberación y de ilimitadas esperanzas, personificadas en su joven comandante. Por una vez, la revolución se vivía como una luna de miel colectiva. ¿Dónde iba a llevar? Tenía que ser por fuerza a un lugar mejor. (Hobsbawm, 1995, pp. 437-438).

El movimiento que llevó a cabo la Revolución cubana era un movimiento autóctono, que organizó en la ciudad a obreros, profesionales, clase media y estudiantes en milicias, huelgas y resistencia cívica y en la montaña al Ejército rebelde, reivindicando un sentimiento libertario, nacionalista, radical y antiimperialista.

El nuevo proyecto social era planteado como el reintegro de no pocas de las ilusiones trucas en las postrimerías del siglo XIX, período caracterizado como la época de definición de las ideas de independencia nacional, cubanía y justicia social. La revolución es sentida como una irrupción violenta y radical que se propone dejar a un lado “casi sesenta años de mera levitación social, de ociosa levedad existencial” (García, 2002, p. 98); que se pronuncia a favor de la dignidad, la justicia, la igualdad, apartando todo lo que oliera a letargo o a complicidad con la antigua indolencia. La nación para muchos, como lo dijera Carlos Franqui (1981, p. 148), recuperaba sus riquezas, su dignidad, su vida, su libertad e independencia, siendo muy fuerte la identificación del movimiento obrero, el estudiantado y los campesinos con el minuto histórico que se vivía. En la práctica, la población experimentaba un aumento en su capacidad adquisitiva; la rebaja en el precio de los alquileres, las medicinas, el servicio telefónico y los alimentos; la

creación de nuevos empleos. En el plano político “un contacto civil permanente, de viva discusión, una democracia de base, armada además, que hermanaba a todos en los centros de trabajo, escuelas, campos y calles” (Franqui, 1981, p. 61).

En estos primeros años de intensa transformación, una mayor igualdad social era favorecida como resultado de los procesos de satisfacción de las necesidades acumuladas y la alta movilidad ascendente, a la vez que las expectativas de la población se elevaban. Para la épica revolucionaria, son estos los años de la liberación de la tiranía y la opresión. Batista se erige como el símbolo de la corrupción en el gobierno, de la pobreza del campesinado, de la injusticia social, de las torturas y represiones que vivía la sociedad cubana durante su dictadura. La revolución marcaba el fin. Y la prueba, para muchos, de que la revolución estaba progresando hacia ese futuro mejor era el conjunto de profundas y radicales medidas: reforma agraria, nacionalizaciones, repartos, las cuales penetraban profundamente en la conciencia del pueblo cubano, quien acogía la Revolución como suya y estaba dispuesto a morir por ella.

La Revolución también alimentaba un sentimiento popular antiimperialista, el cual se remontaba a la imposición de la Enmienda Platt, la injerencia norteamericana, la ocupación de parte de su territorio con la base de Guantánamo y el apoyo a las dictaduras en especial a la de Batista, a la vez que creaba la expectativa de que el nacionalismo ofrecía a todas las clases el modo de ascender en la escala social, una posibilidad antes bloqueada por el dominio norteamericano de las posiciones sociales, económicas y políticas privilegiadas en Cuba.

El escritor cubano Jesús Díaz describiría en su novela *Las iniciales de la Tierra*, aquel sentimiento popular contra los EE.UU. que se expresaba espontánea y creativamente en estadios que se llenaban con los gritos de “¡Cuba sí, yanquis no!”, en las rumbas descomunales que avanzaban cantando por la Avenida de las Misiones:

Y esto es lo último,
esto es lo último en los muñequitos
el fin del yanqui
se jodió Supermán.

Mientras bajo las luces de los fuegos venían llorando Dick Tracy, Tarzán, el Pato Donald, Batman y el muñecón de Supermán mostraba un letrero sobre las nalgas, ¡Ay pobre de mí! Mientras los tipos de la conga coreaban: Ya Cubita tiene kriptonita, tienes kriptonita, mi linda Cubita (Díaz, 1987, p. 155).

No obstante no debemos olvidar que pese al odio hacia este país sólo separado de Cuba por noventa millas también se entretejen entre estas dos naciones vínculos culturales y sociales largamente contruidos debido a su cercanía que también forman

parte de la identidad de los cubanos y que son imposibles de borrar de un plumazo. Estos son explicados por Louis A. Pérez, historiador de la Universidad de Carolina del Norte²². Recordemos que a mediados del siglo XIX se inició una enorme oleada migratoria cubana hacia los Estados Unidos, miles de cubanos se pusieron en estrecho y prolongado contacto con la cultura y las instituciones norteamericanas, después de la guerra de independencia de 1898, la emigración se invirtió, miles de norteamericanos llegaron a Cuba. El progreso llegó a Cuba bajo la forma de lo norteamericano, la *Spanish-American Light and Power Company of New York* iluminaba las noches de La Habana con lámparas de gas, para admiración de los habaneros. Los norteamericanos edificaron los ferrocarriles que vinculaban las ciudades, construyeron las redes eléctricas y los sistemas de telégrafos y teléfonos. La creciente presencia de los Estados Unidos en Cuba vino acompañada de la expansión de formas culturales de este país con consecuencias como el creciente empleo del idioma inglés que en esos momentos se convirtió en una garantía contra la indigencia y las familias pudientes matriculaban a sus hijos en escuelas norteamericanas. En el campo religioso también Estados Unidos jugó un papel fundamental, de este país arribaron a Cuba oleadas sucesivas en representación de las principales denominaciones protestantes: bautistas, cuáqueros, adventistas del séptimo día, presbiterianos, congregacionistas, luteranos, discípulos de Cristo, pentecostales y episcopales, muchas de las cuales todavía existen y hoy en día reúnen a sus feligreses en casas semiclandestinas que sirven para el culto. Los misioneros protestantes operaban algunas de las más prestigiosas escuelas primarias y secundarias, escuelas de comercio e instituciones de educación superior, asimismo inauguraron orfanatos, clínicas y hospitales. Las grandes corporaciones azucareras establecían caseríos norteamericanos en sus confines que se desarrollaron hasta convertirse en enclaves privilegiados y zonas exclusivas donde se reproducían los patrones sociales y raciales de la vida en los Estados Unidos, generando por un lado resentimiento y hostilidad por el alejamiento de las estructuras de poder que sufrían los cubanos, pero también un modelo a imitar. “La cultura norteamericana constituía el rasero con el cual se medía la modernidad”. “El nivel de vida norteamericano era la base para juzgar el bienestar material en Cuba y, por lo mismo, el nivel de vida al que había que aspirar”. “Los cubanos desarrollaron una fijación con Miami y una casi insaciable demanda de bienes de consumo norteamericanos”. Iban de vacaciones a la Florida, pero a hacer principalmente extravagantes compras, los cubanos se mantenían al tanto de los últimos estilos en los Estados Unidos. Se fueron así tejiendo unas

²² Pérez, Louis. (1996). “Tan cerca, tan lejos. Cuba y los Estados Unidos (1860-1960)”. *Temas*. No. 8. pp. 4-10. Las citas que siguen son de este artículo.

relaciones complejas entre estos dos países en donde cabían manifestaciones aparentemente antagónicas como lo es que “incluso los más ardientes y fieles defensores del estilo norteamericano eran también susceptibles a los ocasionales llamados a los sentimientos anti-norteamericanos, aunque fuera con el solo propósito de protestar por el exclusivismo de sus patrones”. Estas paradojas de las relaciones entre estos dos países bajo la nueva ideología nacionalista, anti-imperialista, anti-yanki y anti-burguesa de la revolución cubana tendrán desarrollos ambivalentes o ambiguos y en los peores casos conflictivos en las próximas décadas.

En medio de un contexto de radicales cambios económicos y políticos, una gran migración de cubanos se presenta en estos primeros años preferentemente hacia Miami. Esta migración estaba compuesta principalmente por personas blancas, de las clases altas, propietarios expropiados y partidarios de Batista. La sociedad cubana se reconfiguraba a partir de la lucha por la igualdad social, generando una ruptura con posiciones clasistas y racistas predominantes, así como con la jerarquía de la Iglesia Católica; a la vez que la intensa migración hacia las ciudades se producía, modificando fuertemente la dinámica social.

Durante esta década surgen organizaciones juveniles como la Asociación de Jóvenes Rebeldes (1960), la Unión de Jóvenes Comunistas (1962) y la Unión de Estudiantes Secundarios (1963); a su vez, la Federación de Estudiantes Universitarios fundada en 1922 renovó sus objetivos programáticos y principios funcionales. Los jóvenes son incorporados a las Milicias Nacionales Revolucionarias para la defensa de la revolución. La Campaña Nacional de Alfabetización se vivió como un suceso de participación masiva juvenil, en la cual los jóvenes sintieron que eran parte activa del proceso revolucionario. Nuevas Fuerzas Armadas, labores masivas en la agricultura.

La política social en beneficio de los jóvenes se enfocó en la eliminación de la desprotección, discriminación y exclusión de niños y jóvenes, de la prostitución, el juego y el consumo y tráfico de drogas. Los jóvenes vivieron el mejoramiento del nivel de vida, el aumento en los servicios de salud, deporte, cultura, educación, vivienda. A la vez que eran socializados en valores como el colectivismo, la solidaridad, la laboriosidad, el patriotismo y el antiimperialismo. En este primer momento, según el texto del CESJ, para el proyecto revolucionario, la importancia y trascendencia de la juventud radicaba en la reproducción de éste. Si esto no se lograba, la Revolución desaparecería con la muerte de las generaciones que la hicieron posible.

La reproducción del sistema cubano debe ser conducida con extrema dedicación y de forma consciente; sobre todo cuando la sociedad es asediada por las supuestas ventajas de la sociedad de consumo, lo que fundamenta la preocupación de la dirección cubana por los jóvenes y su preparación lo más integralmente posible para asumir el futuro del proyecto.

Para la historia cubana, la serie de intensos cambios en la isla, con los que se intentaba lograr el desarrollo económico del país, implicaron medidas como la nacionalización y la reforma agraria que afectaron directamente los intereses norteamericanos en la isla y la radical modificación de sus relaciones.

Así, el carácter popular y democrático nacional del Movimiento llevó en breve plazo, en unos meses, al cuestionamiento total de la vinculación de Cuba hacia los EE.UU., a la implantación de un nuevo esquema de relaciones internacionales, y de ordenamiento económico-social [...] (Gerard, 1981, p 86).

De hecho, por el carácter de la penetración imperialista en Cuba, las tareas de la revolución democráticas de liberación nacional estaban indisolublemente ligadas a la lucha contra el dominio de EE.UU. (Gerard, 1981, p. 90).

Para los EE.UU., la ruptura con la isla y su nuevo gobierno comenzaba por la denuncia de una persecución sistemática contra los partidarios del viejo régimen: juicios y ejecuciones. Cuba estaba sumida en un baño de sangre²³, según declaraciones del presidente para Asuntos Latinoamericanos, a la vez que se acusaba a la isla de propiciar la Revolución en el resto de América Latina²⁴. Pero el fin definitivo de relaciones diplomáticas y comerciales, a solo dos años de la Revolución, comenzaba a gestarse cuando la isla establece relaciones diplomáticas con la URSS, ante lo cual los EE.UU. acusan a la isla de ser un satélite soviético en el cual se instalarían bases militares contra EE.UU. Los norteamericanos deciden reducir en un 95% la cuota de compra azucarera a Cuba.

²³ Carlos Franqui, periodista y escritor cubano, quien participó activamente dentro del proceso revolucionario, testimonia en su libro *Retrato de familia con Fidel*, sobre los fusilamientos y persecuciones que se llevaron a cabo en lugares como las montañas del Escambray; en las que, en 1961, al menos mil alzados de origen revolucionario fueron perseguidos y obligados a combatir para escapar de las prisiones; habla también de la explotación de obreros y la expropiación de tierras a los pequeños campesinos. Estas personas que murieron quedarían en la memoria de la mayoría de la población como antirevolucionarios que fueron combatidos en defensa de la revolución. Para esta misma época, el autor habla de un segundo exilio masivo, diferente del primero batistiano y burgués, el cual sería por el contrario: “popular, de clase media y de origen y simpatías por la Revolución”, producto del sectarismo y la represión.

²⁴ Después de pocos meses en el poder, la Revolución había enviado expedicionarios cubanos a Panamá, Haití y se sospechaba de su participación en los conflictos de Guatemala y Nicaragua. En torno al mismo tema, el Departamento de Estado norteamericano hablaba de la llegada a Cuba de 28 mil toneladas de armamento procedentes de los países comunistas. (Efemérides 1959-1960. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*. Madrid: Espasa Calpe, 1964).

Fidel Castro, quien para ese momento ya era el jefe del gobierno cubano, declararía:

Seremos amigos de la Unión Soviética y de la República Popular China porque han demostrado que son nuestros amigos, mientras que los norteamericanos nos han atacado y querido destruir, y seguiremos siendo amigos para que los yanquis no vengan a hablarnos en el lenguaje insolente que sus procónsules están acostumbrados a utilizar y dar sus órdenes (Hobsbawm: 1995, p. 430).

Cuba entra a formar parte de la tensión entre los bloques hegemónicos, al alinearse hacia la URSS. El debate permanente ha sido si dicho acercamiento fue la causa o la consecuencia del deterioro de las relaciones americano-cubanas, si la revolución de una fuerte base popular en sus comienzos fue “traicionada” y “vendida” a los soviéticos, o si este acercamiento era la única o mejor opción que tenían los cubanos frente a la gran ofensiva norteamericana.

[...] todo empujaba al movimiento castrista en dirección al comunismo, desde la ideología revolucionaria general de quienes estaban prestos a sumarse a insurrecciones armadas guerrilleras, hasta el apasionado anticomunismo del imperialismo estadounidense en la década del senador McCarthy, que hizo que los rebeldes anti-imperialistas latinoamericanos miraran a Marx con más simpatía y el apoyo de su gran antagonista. Además, la forma de gobernar de Fidel, con monólogos informales ante millones de personas, no era un modo adecuado para regir ni siquiera un pequeño país o una revolución por mucho tiempo. Incluso el populismo necesitaba organización. El Partido Comunista era el único organismo del bando revolucionario que podía proporcionársela. Los dos se necesitaban y acabaron convergiendo. Sin embargo, en marzo de 1960, mucho antes de que Fidel descubriera que Cuba tenía que ser socialista y que él mismo era comunista, aunque a su manera, los Estados Unidos habían decidido tratarle como tal, y se autorizó a la CIA a preparar su derrocamiento. En 1961 lo intentaron mediante la invasión de exiliados de Bahía Cochinos, y fracasaron. Una Cuba comunista pudo sobrevivir a unos ciento cincuenta kilómetros de Cayo Hueso, aislada por el bloqueo estadounidense y cada vez más dependiente de la Unión Soviética. (Hobsbawm: 1995, p 438).

Los cuatro primeros años de la Revolución habían constituido un intento de adopción de un esquema de desarrollo endógeno y nacional, iniciándose una política de industrialización e intento de diversificación de la agricultura (Fazio, 1999, p. 182); pero a pesar de la expansiva capacidad productiva cubana, aún en la actualidad, la evolución de la economía está fuertemente vinculada al sector externo y la relación asimétrica frente al mercado mundial capitalista. El bloqueo norteamericano, la escasez de técnicos, las negociaciones de azúcar con la URSS y el desgaste que ocasionaba la permanente movilización militar, hicieron rectificar esta política de industrialización, dando prioridad a la producción agrícola azucarera, estrategia que se mantuvo a lo largo de la década (Fazio, 1999, p. 186).

Al mismo tiempo, la política en materia de propiedad se hacía más radical: la expropiación a pequeños comerciantes, quienes representaban la esfera privada que aún subsistía dentro del sistema, contribuía a la eliminación de los últimos remanentes del mercado de la sociedad cubana:

Este estrangulamiento del mercado fue una clara demostración del tipo de sociedad por la que optaron los líderes cubanos: una sociedad de tipo soviético, donde la acumulación estuviera en manos únicamente del Estado y donde el plan debía determinar la orientación y las proporciones del desarrollo. (Fazio, 1999, p. 182).

Diversos sectores de la sociedad cubana, como los católicos y los metropolitanos, comenzaron a manifestar temor ante una expansión comunista dentro del país. El comunismo no era popular, pesaba sobre los comunistas además su vieja alianza con Batista (a través de la cual habían conseguido la legalidad dentro del régimen), la desconfianza con que habían mirado la insurrección iniciada en 1956 y la tardanza con que se sumaron a la lucha. A pesar de esto, la Revolución cubana hacía su tránsito hacia la dirigencia comunista que, autodefinida como vanguardia leninista con la misión de preparar al pueblo para la construcción del socialismo, comenzaba a construir una estructura vertical de poder: autoridad centralizada, monopartidismo, economías de planificación central y la construcción de una verdad cultural e intelectual promulgada oficialmente y determinada por la autoridad política. (Hobsbawm, 1995, p. 394). Con la victoria de Girón se radicaliza aún más la nueva posición ideológica adoptada por la dirección de la Revolución, al enfrentarse por primera vez al peligro de fuerzas contrarrevolucionarias.

En el plano artístico y cultural, con el triunfo de la Revolución las condiciones de formación y de producción para los artistas y escritores mejoraron notablemente, ya que uno de los objetivos de la Revolución era crear un hombre nuevo más culto. Así, nunca antes el intelectual gozó de tantas posibilidades para la edición de sus escritos como a partir de 1959; gracias a la primera ley cultural dictada por el Gobierno revolucionario, surge el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC) y, en 1962, se funda la Escuela Nacional de Arte (ENA), de la que han salido notables artistas cubanos. Acerca de este centro, que hacía énfasis en la formación crítica y social de los artistas, escribirá la profesora Hortensia Peramo Cabrera:

A la preparación culta se unirá el objetivo de obtener una formación nutrida del contacto directo con la realidad cubana y sus transformaciones. La observación y el análisis de nuestra realidad constituyó una importante condición para el desarrollo de las capacidades visuales y analíticas [...] y una vía para la apropiación y expresión de esta realidad por medio del arte, en un franco empeño de formación del futuro artista, del sentido y conciencia de su identidad y de una sólida formación política e ideológica. (Peramo, 2001, p. 219).

La década de los sesenta es recordada como la década gloriosa del cine y la cultura cubana, en la cual iniciaron o hicieron sus mejores trabajos grandes cineastas como Humberto Solás, Tomás Gutiérrez Alea, Julio García Espinoza, entre otros; con películas como “Memorias del subdesarrollo” y “Lucía”, además de la producción de importantes documentales. El debate público y la creación cultural se permitían aún amplios márgenes de expresión y experimentación, espacios como el magazín “Lunes de Revolución”, así como “Hoy domingo”, servían para los intercambios de ideas. Aunque ya en esa época era conocido el texto *El socialismo y el hombre en Cuba* del Che, en donde este advertía sobre el peligro de crear “asalariados dóciles al pensamiento oficial y becarios que vivieran al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas”, no pocos se alarmaron con el enfoque claramente perturbador del filme de Tomás Gutiérrez Alea, “Memorias del subdesarrollo”, en el que se planteaba la perspectiva de alguien que prescinde de la euforia colectiva y se ve enfrentado a una realidad que le es distinta. Sobre esta cinta, su director comentaría:

No nos interesa, en definitiva, reflejar una realidad, sino enriquecerla, excitar la sensibilidad, desarrollarla, detectar un problema. No queremos suavizar el desarrollo dialéctico mediante fórmulas e ideales representaciones, sino vitalizarlo agresivamente, constituir una premisa del desarrollo mismo, con todo lo que eso significa de perturbación de la tranquilidad. Hay una raza especial de gente con la que tenemos que convivir, con la que tenemos que contar, para nuestro disgusto cotidiano, en esto de construir la nueva sociedad. Son los que se creen depositarios únicos del legado revolucionario, los que saben cuál es la moral socialista y han institucionalizado la mediocridad y el provincianismo; los burócratas (con o sin buró); los que conocen el alma del pueblo y hablan de él como si fuera un niño muy prometedor del que se puede esperar mucho, pero hay que conocerlo, etc., y nos parece verlos cuando los escuchamos, con el brazo protector por encima de los hombros de este niño, son los mismos que nos dicen cómo tenemos que hablarle al pueblo, cómo tenemos que vestirnos, y cómo tenemos que pelearnos; saben lo que se puede mostrar y lo que no, porque el pueblo no está maduro todavía para conocer toda la verdad; se avergüenza de nuestro atraso y tiene complejo de inferioridad a nivel nacional. La película se propone también; entre otras cosas molestarlos, provocarlos, irritarlos. A ellos también va dirigida²⁵.

Sin embargo, un proceso de construcción de una verdad cultural e intelectual institucionalizada comenzaría a gestarse a través de la censura de manifestaciones artísticas que “no reflejaban las circunstancias revolucionarias”²⁶. El jefe del gobierno cubano, Fidel Castro, respondería ante el descontento de artistas e intelectuales con su intervención conocida como “Palabras a los intelectuales”, en donde se plantea que el

²⁵ Gutiérrez A., T. (1986). “Del neorrealismo al subdesarrollo”, *Arcadia va al cine*, No. 13, p. 52, Colombia, Oct-Nov.

artista puede hablar de su tema predilecto y expresarlo de cualquier forma pero siempre con el deber de servir con su arte al pueblo, a la vez que la Revolución tenía el deber de alentar las nuevas creaciones como también su derecho propio a la defensa. Es decir, que se opondría a las críticas que, dirigidas contra ella pudieran socavar su proceso, de esta forma se plantea medir cada creación artística bajo el prisma revolucionario.

El conflicto entre los intelectuales y artistas y los funcionarios del poder se haría mucho más tenso en los años siguientes a medida que se consolidaba el poder y sus estructuras. La “administración de la memoria de la sociedad”, como lo plantea Backzo se lleva a cabo a través de una “rigurosa censura de cualquier información sobre el pasado; supresión de ciertos hechos históricos, fabricación de “hechos” nuevos; permanente actualización de las representaciones del pasado en función de las necesidades políticas e ideológicas del presente; fabricación de nuevas mitologías históricas, fabricación del carisma del “jefe”, etc.” (Backzo, 1999, p. 32). Todo esto lo veremos acentuarse en la década de los setenta en la que predominaría el martilleo de palabras, de imágenes y de símbolos, que en Cuba se llamará el teque.

²⁶ Como lo fue el caso del documental “PM”; cuya censura dio pie a una serie de discusiones sobre la libertad de creación, en 1961, a tan sólo dos meses de la proclamación del carácter socialista de la Revolución y de la victoria de Girón.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

II. LOS “BOLOS”²⁷ SE TOMAN LA ISLA

Si una palabra se ha usado para hablar de la década del setenta en Cuba, ha sido *institucionalización*. La Revolución había sobrevivido y después de una década de fuerte agitación en el terreno político, grandes transformaciones sociales e intensa búsqueda de la consolidación del desarrollo económico, llegaba a una especie de mayoría de edad, a una época de definiciones y consolidaciones. El proyecto de realizar una zafra de 10 millones de toneladas de azúcar para exportación, que permitiría generar las “condiciones materiales” para el desarrollo del proyecto social cubano, fracasaba estrepitosamente. De nuevo había que tomar radicales medidas.

El acercamiento con la URSS llevado a cabo a mediados del sesenta, en términos de intercambio justo y como forma de compensar las pérdidas causadas por el bloqueo de EE.UU., se convirtió para los años setenta, y la década siguiente, en un medio de subvención completo para la isla; generándose profundos cambios sociales y económicos. En 1972, Cuba ingresa al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), basándose en la idea de que su participación en el campo socialista “le garantizaría precios y mercados estables, reduciría la vulnerabilidad de las fluctuaciones en el mercado capitalista internacional y le permitiría soslayar el bloqueo norteamericano” (Fazio, 1999, p. 182). Se trataba de generar las condiciones que permitieran un crecimiento económico sostenido para la implementación y mantenimiento de programas sociales que lograrían eliminar las características principales del subdesarrollo en el plano social (Burchardt, 1998, p. 28).

²⁷ Forma como los cubanos denominan a los rusos.

Las ventajosas condiciones comerciales adquiridas con la adhesión al pacto socialista, venían a su vez acompañadas de una fuerte influencia en la “cultura de gobernar”. El requerimiento de grandes cantidades de recursos para el desarrollo del modelo cubano, legitimó un control centralizado de todos los agentes: estado-empresa-mercado-sociedad. La estrategia puesta en marcha fue la de dirección y planificación de la economía y el resultado obtenido: un fuerte proceso de estatización. El alto grado de centralización de la gestión económica, caracterizado por el burocratismo y la dependencia de los cuadros a las orientaciones de los niveles superiores, generó una actitud contraria a la innovación de las empresas, lo cual se tradujo en una ineficiencia empresarial que frenaba a la vez el aumento de la productividad. La propiedad estatal se convirtió en la principal fuente de empleo para la población; este tipo de empleo se caracterizaba además por el crecimiento de la capa de los trabajadores intelectuales, (favorecido por el elevamiento de los niveles educativos).

La línea política institucionalizadora, que tenía como voluntad expresa el perfeccionamiento del sistema socialista, define y traza las directrices para el funcionamiento acorde de la sociedad cubana. En 1971, se realiza el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en 1975 el Primer Congreso del Partido Comunista, y en 1976 entra en vigor la Constitución socialista, consagrando en su parte dogmática las grandes conquistas sociales, políticas y económicas logradas en los años de poder revolucionario²⁸.

La década del setenta es el periodo en el que se fortalece la función del Estado, el cual crecía en autonomía social al ser el principal administrador de los recursos que afluían desde el exterior, mayores que los internos. “De esta forma se consolidó un Estado autoritario, incluso autocrático, con un único órgano de poder en el cual un número reducido de personas toma las decisiones políticas y económicas”, que a su vez, “pudo legitimar sus éxitos como soberano nacional y agente de desarrollo” (Burchardt, 1998, p. 29).

La tendencia centralizadora permeó el terreno de la cultura, la educación y las artes, manifestándose a través de la búsqueda del control de la enseñanza, la expresión, las representaciones y los recuerdos, con la ayuda también de los métodos soviéticos. Todo esto con el afán de fundamentar lo inevitable del socialismo en Cuba y de imponer la visión autorizada del régimen sobre otras posibles visiones de la realidad y del pasado. Esta será la época en donde con el nombre de la “institucionalización marxista en la cultura” se impongan las concepciones esquemáticas, la postergación de la verdad y de la mirada al presente y donde sólo haya espacio para decir lo “políticamente correcto” y no para la crítica y el debate, lo anterior justificado en que aún no era el momento

²⁸ Bulté, J. F. “Tras las pistas de la Revolución en cuarenta años de Derecho”. *Revista Temas No. 16-17*, octubre 1998-junio 1999. p. 106.

de la crítica y en no brindar, en lo que pudiera ser una mirada incómoda al entorno, armas para el enemigo.

Los procedimientos con que se llevaría acabo el control político sobre las expresiones artísticas, que es una forma de administrar la memoria de la sociedad, ya anunciado en las *Palabras a los intelectuales* de Fidel Castro aparecerían desde finales de la década de los sesenta con la clausura del suplemento literario “Lunes de Revolución”, las becas y las misiones en el extranjero a intelectuales “conflictivos”, el cierre de la editorial “El Puente”, las críticas negativas a los premios otorgados por Casa de las Américas y la UNEAC y, finalmente, el muy conocido Caso Padilla.

En 1971 un sonado suceso en el campo de las artes precipitaría el distanciamiento de un grupo significativo de intelectuales latinoamericanos y europeos con la revolución cubana: el caso Padilla. El irreverente escritor que se autodefinía como quien había inaugurado el desencanto y la contrarrevolución en la literatura cubana²⁹, aparecía en acto público autoflagelándose y de paso, inculcando a varios intelectuales de renombre por una actitud contrarrevolucionaria. El caso produjo desilusión y desde el exterior se emitió una carta de repudio firmada por intelectuales antes incondicionales del proceso: Sartre, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, entre otros. Para Ambrosio Fornet, con este hecho se inicia el llamado “quinquenio gris”, durante el que se congela la carrera literaria de varios escritores, acusados de criticar a la dirección del gobierno revolucionario. A estos escritores se les decretó “muerte civil”³⁰, escondiéndolos en el mejor de los casos en oscuros puestos burocráticos para borrarlos de la memoria en la cultura nacional.

Nuestros libros dejaron de publicarse, los publicados fueron recogidos de las librerías y subrepticamente retirados de los estantes de las bibliotecas públicas. Las piezas teatrales que habíamos escrito desaparecieron de los escenarios. Nuestros nombres dejaron de pronunciarse en conferencias y clases universitarias, se borraron de las antologías y de las historias de la literatura cubanas compuestas en esa década funesta. No sólo estábamos muertos en vida: parecíamos no haber nacido ni haber escrito nunca. Las nuevas generaciones fueron educadas en el desprecio a cuanto habíamos hecho o en su ignorancia. Fuimos sacados de nuestros empleos y enviados a trabajar donde nadie nos conociera, en bibliotecas alejadas de la ciudad, imprentas de textos escolares y fundiciones de acero. Piñera se convirtió por decisión de un funcionario en traductor de literatura africana de lengua francesa³¹.

²⁹ Fornet, J. (2001). “La narrativa cubana entre la utopía y el desencanto”. *La gaceta de Cuba*. No. 5. Sept-Oct.

³⁰ Frase del escritor Virgilio Piñera para calificar la situación a la que él mismo fue sometido.

³¹ Arrufat, Antón. *Virgilio: entre él y yo*. La Habana: Ed. Unión, 1994. p. 42.

Ante el ambiente de polémica que se había generado, posturas extremistas tomaban fuerza. Durante el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, se debatieron asuntos como la homosexualidad, el papel del intelectual al servicio de la Revolución y la urgencia de definiciones políticas ante un poderoso enemigo como Estados Unidos. Se institucionalizan procedimientos que endurecen la política cultural. Según la declaración final de este Congreso “la formación ideológica de los jóvenes escritores y artistas es una tarea de máxima importancia para la Revolución. Educarlos en el marxismo-leninismo, pertrecharlos de las ideas de la Revolución y capacitarlos técnicamente es nuestro deber” (Peramo, 2001, p. 131). El arte se autocensuró fuertemente y se produjeron obras que evitaban la polémica, los cuestionamientos³². En el plano económico, los análisis de los resultados del trabajo, estuvieron premiados de la autocomplacencia, las justificaciones, el esquematismo, la apología y el triunfalismo.

En el arte, los lenguajes y los asuntos debían ser identificados con el pueblo y comprendidos por este. Así, se favoreció la aparición de determinados temas tales como los asociados a la nacionalidad, la historia de Cuba, la lucha de los mambises, así como los nuevos personajes populares, obreros y campesinos, quienes se suponía eran los principales hacedores de esta historia. Ya desde finales de los sesenta y principios de los setenta, se implanta el lema “Antes que artistas, soldados de la Patria”. A la vez que se inicia una reforma en las artes plásticas, para la cual se contó con un considerable grupo de asesores soviéticos, marcando la entrada de una fuerte corriente de la estética soviética, aplicada como medida inflexible para la valoración de la obra de arte.

El problema residía en que, si bien se le dio entrada y se aceptaron las valiosas experiencias aportadas por la enseñanza cubana de la plástica, entre ellas muchas de las que se habían iniciado de forma experimental en la ENA [...] estos aciertos originados en buena medida por la libertad experimental de que gozaban los claustros, ahora se llevaban a una esquematización extrema, de obligatorio cumplimiento, que impedía

³² Según Salvador Redonet, en prólogo de su antología de los novísimos cuentistas cubanos llamada “Los últimos serán los primeros”, en el campo de la literatura estas posturas condujeron a tendencias extremistas, burocráticas, a una autocensura explícita o implícita, “a una hiperbólica tergiversación –por ignorancia u oportunismo– de categorías como el partidismo, la perspectiva autoral, la orientación ideológica de la obra artística, la tipicidad [...]” p. 11. No fueron pocos los casos en que la medida de la perspectiva revolucionaria, progresista del autor, se medía atendiendo a los asuntos seleccionados, a la orientación ideológica positiva de una obra de acuerdo con el grado de politización revolucionaria explícita y, por tanto, se hiciera sospechoso el intento de cristalizar los nuevos conflictos. Se produjo una reiteración de los temas y del modo en que eran abordados, una abundancia de textos estereotipados “llenos de frases automatizadas”. p. 12. Todo esto, sin negar que aún así se siguieron produciendo textos y libros de gran valor literario que no seguían la corriente de su época. En Redonet, S. (1993). *Los últimos serán los primeros*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 275 p.

cualquier variación o aporte en cualquier sentido. Se establecían, con puntos y comas, todos los aspectos de orden metodológico, técnico, contenidos, distribución y orden de materias y ejercicios, etc. En fin, se establecía una total centralización del sistema pedagógico y se le restaba toda autonomía a las escuelas; y lo que se había avanzado conceptualmente en la lucha contra el academicismo en la enseñanza [...] se veía amenazado y transformado ahora en una especie de nueva academia, tan rígida como la anterior. (Peramo, 2001, p. 142).

Sin embargo, en la práctica, los programas no llegaron a aplicarse con toda la rigidez que se habían concebido y fueron generalmente transgredidos por los profesores.

Para el cine, el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura recomendó:

La continuación e incremento de películas y documentales cubanos de carácter histórico como medio de eslabonar el presente con el pasado y plantear diferentes formas de divulgación y educación cinematográficas para que todo nuestro pueblo esté en condiciones de ser cada vez más un espectador activo y analítico ante las diversas manifestaciones de este importante medio de comunicación. (García, 2002, p. 101).

Se planteaba así la necesidad imperiosa de probar por encima de todo la superioridad del presente. Mediante las películas históricas se pretende reforzar y dejar bien clara la idea de que antes de 1959, Cuba era un país analfabeto, subdesarrollado, atrasado, con un bajo desarrollo en general económico y cultural, un país empobrecido, un país lleno de sangre y crímenes, en donde sólo se rescataban algunas figuras que hacen parte del patrimonio cultural cubano. Cuestionar el presente equivalía a cuestionar la misma Revolución y los valores y procedimientos de ésta³³.

Una de las consecuencias más visibles de toda esta política cultural, está relacionada para muchos autores con la renuncia tácita al espíritu de debate que en los dos lustros anteriores había sido su principal atributo. Humberto Solás, director de cine, comentaría treinta años después:

La torpemente conducida ‘institucionalización marxista en la cultura’ significó un freno para la espontaneidad; aspecto indispensable al discurso progresivo del arte. De súbito, la cultura artística se acercó demasiado a la filosofía de manual, y salieron a la luz ‘sistemas científicos’ que la explicaban y sobre todo la condicionaban. Los artistas devenimos en ‘trabajadores de la cultura’. Todo ello significaba un óbice al plan inicial que se había gestado en el ICAIC³⁴.

³³ “Fue un cine que lo que más hizo fue ir al pasado para no comprometerse con el presente, porque era muy arriesgado hacer una crítica a la sociedad cubana de los setenta, donde todo se veía como muy positivo y los defectos eran vistos como manchas que eran cuestiones sin significado que no valía la pena ni siquiera abordar porque tú le estabas haciendo entonces el juego al enemigo que quería resaltar los errores de la revolución”. Entrevista con Gustavo Arcos, crítico de cine. La Habana, 16 de enero de 2003 (Realizada por las autoras).

Sin embargo, en el cine al igual que en la plástica algunas obras artísticas lograron trascender los esquemas impuestos³⁵.

Para estos años, el término de “diversionismo ideológico” paralizaría aún más la diversidad de expresión, de criterios y de interpretaciones ya no sólo de los artistas sino de la sociedad en general. Este término sería definido dentro del I Congreso del Partido en 1975 como:

El diversionismo es una labor encubierta, solapada, que consiste en criticar al marxismo desde posiciones supuestamente marxistas, con un falso ropaje revolucionario, progresista, o a lo sumo aparentando imparcialidad u objetividad; que trata de introducir en las filas revolucionarias las ideas contrarias al socialismo, presentándolas como socialistas, o como favorables al socialismo, o como ideas nuevas, ‘superiores’ a las del socialismo, que lo mejoran o perfeccionan. El diversionismo imperialista se dirige a minar, desde adentro, las fuerzas del socialismo, relajar sus bases ideológicas, introducir concepciones burguesas, mellar los principios básicos de la teoría científica, entorpecer o frustrar los planes de desarrollo, desvirtuar los objetivos principales de la economía y en la formación comunista de las masas dividir y sembrar la desconfianza en el seno de las fuerzas populares, tratar de desacreditar a los dirigentes, crear en definitiva, un ambiente de relajamiento de los principios socialistas y de inconformidad en las masas, que sea caldo de cultivo para un retroceso ideológico, político y social que conduzca gradualmente a la derrota del socialismo³⁶.

³⁴ Caballero, R. (1999). “Habría que estar en mi piel”. *Revolución y cultura*, No. 2-3, p. 5. La Habana.

³⁵ Películas como “De cierta manera”, de Sara Gómez, que habla de los barrios marginales en la Cuba de los setenta, y “La última cena”, de Tomás Gutiérrez Alea, en la que hay una crítica sobre la demagogia y los discursos artificiales o falsos desde el poder. Gustavo Arcos, crítico de cine plantea que la película de Gutiérrez Alea es lo mismo que sucede en la Cuba de los años setenta, “cuando había tantos discursos carentes de sentido y había cierta demagogia en la política”. A semejanza de lo que sucedía en la plástica en donde no todas las directrices se cumplían al pie de la letra ni por todos, el ICAIC, que siempre ha estado dirigido por intelectuales comprometidos con la creación y no por burócratas ajenos a la sensibilidad que esta exige, acogía a creadores considerados entonces incómodos como Luis Rogelio Nogueras, Jesús Díaz y Víctor Casaus entre otros. O simplemente exhibía películas de Godard, de Fellini, de Tarkovski, que nada tenían que ver con el cine pedagógico que se quería imponer para los jóvenes e infantiles, a la vez que conformaba el famoso “Grupo de Experimentación Sonora”, una iniciativa de Alfredo Guevara (director del ICAIC), cuyo director fue nada más y nada menos que Leo Brouwer. Este fue el más importante taller de creación colectiva que se ha generado en Cuba y que fomentó de paso la Nueva Trova, en otra apuesta por la autoría y el juicio propio. Este taller finaliza en 1978.

³⁶ Tesis y resoluciones del I Congreso del PCC., La Habana, 1976, 224 p. Citado en: Manduley, H. (2001). *El rock en Cuba*. Ciudad de La Habana: Atril Ediciones Musicales. p. 43.

El control de la difusión cultural en Cuba estaba en manos de un círculo de decisión con poca experiencia en la conducción de la cultura y no muy cercano a ella, usando a su vez criterios muy rígidos para su dirección³⁷. Dentro de una definición tan amplia de diversionismo ideológico, cada funcionario entendía a su modo el criterio del Partido y obraba en consecuencia. Casi todo cabía dentro de este concepto. La música extranjera que pudiera poner en peligro los valores culturales, pasó a formar parte de una extensa lista negra. Los Beatles fueron censurados por la idea que asociaba todo lo anglófono con el enemigo norteamericano. Su difusión y la de los demás músicos que cantaran en inglés, fue prohibida por los medios masivos de comunicación. Pero esto no sólo ocurrió con la música foránea, Silvio Rodríguez y Pablo Milanés también estuvieron apartados de los medios de difusión.

Por este mismo control por parte del Partido de los discursos sociales que implica el cierre de los espacios de la crítica y el debate y de las voces alternas a las interpretaciones e instrucciones del Partido se refuerza aún más la idea de que tener un pensamiento revolucionario era equivalente a afirmar o reafirmar las consignas, de este modo:

Tenías un cuadro del Che dentro de la casa, de Fidel o de José Martí, en tu oficina puesto un busto de Martí, dabas dos o tres charlas, asistías a una concentración en la Plaza de la Revolución, gritabas viva Fidel y así te considerabas que eras revolucionario y nadie te podía cuestionar. (Entrevista Gustavo Arcos).

Se impone una homogeneización en las respuestas individuales, la aceptación acrítica de lo que viene de arriba y los grupos formales de participación (como las organizaciones estudiantiles), dejan entonces de estimular la iniciativa y la creatividad de los jóvenes en pos de una adopción pasiva de lo que su instancia de dirección inmediata considera correcto o adecuado, subordinando las opiniones o acciones personales a un criterio colectivo.

³⁷ Aunque no fue la tendencia, hubo dirigentes con políticas menos rígidas y dogmáticas a nivel cultural, como es el caso de Armando Hart Dávalos en 1974, a la cabeza del recién fundado Ministerio de la Cultura. Este ministro con su equipo llevó a cabo una labor de reparación de todas esas medidas en contra de la cultura que se habían tomado de forma tan dogmática y autoritaria dejando no pocas heridas. Sin embargo, su labor se hallaba también atada a todas esas directrices que recaían sobre el sector que él manejaba y se hallaba también rodeado de muchos funcionarios de la cultura que no compartían sus opciones más abiertas y menos rígidas, por lo que no se puede decir que su labor marque un giro distinto en esta política cultural pero sí representa una especie de llave de escape que junto con las otras figuras que no seguían al pie de la letra los parámetros de los Congresos, le bajaban la presión al ahogo institucional y remojaban un poco la aridez de la época.

La fuerte presencia de lo estatal en todos los resquicios de la vida social: trabajo, educación, salud, hacía efectiva la subordinación. La integración de los individuos pasaba por la idea de “ser revolucionario”, se había convertido en estrategia, una condición externa que no implicaba necesariamente un estado interior de conciencia. Los símbolos y consignas de la Revolución abundan, se abre paso a fenómenos de doble moral y demagogia en los discursos.

Las reacciones a todos estos errores debidos al dogmatismo y al esquematismo, así como el despertar de las voces propias que pretenden alejarse del teque, las veremos en la siguiente década.

III. LOS HIJOS DE GUILLERMO TELL

La década del ochenta en Cuba, fue una década que comenzó con el éxodo del Mariel y terminó con los fusilamientos del general Arnaldo Ochoa y otros tres oficiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y el Ministerio del Interior, acusados de narcotráfico. Sin embargo, uno de los hechos más significativos de la época para Cuba, fue el distanciamiento y posterior caída del bloque socialista soviético que mantenía estrechas e importantes relaciones con la isla desde los años sesenta. Si bien, las consecuencias de la desaparición del más importante aliado del sistema cubano fueron sentidas dramáticamente desde comienzos de los años noventa, la segunda mitad de los años ochenta constituyen la antesala de una tragedia.

Los años ochenta, han sido definidos por la historia cubana como un periodo de estabilidad y bonanza económica debida a las ventajosas relaciones de intercambio con los países socialistas; en el que un nuevo nacionalismo se alimentaba con valores cubanos y latinoamericanos: Martí y el Che volvían a hacer presencia en el imaginario político del momento. Los jóvenes se incorporaban a las filas del Partido Comunista y a los órganos del Estado y del gobierno. Años de pleno empleo e igualdad social, de aumento en la calificación: ocho universitarios y trece técnicos medios por cada cien ocupados.

Sin embargo, lo cierto es que la segunda mitad de la década llegó con la reducción de los ritmos de crecimiento económico. El comercio internacional entre Cuba y sus socios europeos había comenzado a deteriorarse, el intercambio se reducía, debido en parte a la consideración de círculos de tecnócratas europeos que veían las relaciones con Cuba como una forma irracional de drenar recursos, y al interés de los líderes comunistas europeos de relacionarse con países capitalistas y realizar intercambios

comerciales en el CAME en divisas libremente convertibles, situación para la cual Cuba contaba con bajísima disponibilidad, debido a su poco atractiva oferta exportable. (Fazio, 1999, p. 186). Al mismo tiempo, se generaba un distanciamiento político de los dirigentes cubanos con la URSS, los cuales estaban en contra de los procesos soviéticos conocidos como *glasnot* y *perestroika*, al considerarlos atentatorios al socialismo; es por ello que se da un:

Reforzamiento del trabajo político ideológico a partir del legado histórico cubano, insistiéndose en lo referente a la identidad y la unidad desde el socialismo como garante de la soberanía y la independencia nacional, en oposición al acelerado proceso de desintegración y caos que se propagaba por Europa del Este y la URSS. (Gómez y Machado, 2000, p. 17).

Para contrarrestar la desaceleración económica, se introducen cambios buscando elevar la eficiencia: aumento en la utilización de mecanismos de mercado en la gestión empresarial, cierta descentralización, mayor presencia del mercado en la distribución de bienes de consumo, énfasis en la industrialización como estrategia de sustitución de importaciones. Se implementó el control de los recursos laborales y se contempló una cierta revitalización del trabajo por cuenta propia ante la inminencia del aumento de la oferta de fuerza de trabajo. Sin embargo, a la larga, resultaron insuficientes o no adecuados en el funcionamiento de la economía³⁸.

El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, enmascaró el estancamiento económico que se había iniciado. Fue este un periodo de inflación en la isla, en el que un exceso de liquidez monetaria respecto a la oferta de bienes y servicios, contribuyó a la reducción del efecto estimulante del salario, provocando en cierta medida el incremento del ausentismo laboral, el poco aprovechamiento de la jornada de trabajo, a la vez que incidió en la disminución de la productividad. La imagen que se formó fue la del crecimiento económico a partir del crecimiento de consumo (Domínguez, 2000, p. 64) y ello contribuyó a elevar las expectativas de la población y en especial de la juventud, que si bien contó con altas posibilidades para el acceso a la instrucción y la calificación y se convirtió en el grupo generacional que alcanzó los más altos niveles de

³⁸ “Los recursos invertidos en programas exportadores no alcanzaron el nivel de respuesta esperado. Las industrias sustituidoras de importaciones resultaron intensivas energéticamente. En la agricultura los crecimientos fueron progresivamente dependientes de suministros externos. Se presentaron problemas de desvío de recursos estatales y corrupción. Los sistemas de primas fueron mal utilizados”. Ferriol, A. *et al.* (1998). *Cuba: crisis, ajuste y situación social (1990-1996)*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 191 p.

vida, también estaba inscrita en un proceso en el que se reducía el ritmo de movilidad social ascendente con relación a las dos generaciones precedentes.

Aunque en esta época queda estructurado el subsistema de enseñanza politécnica y profesional, lo que en contraste se promovía socialmente era la formación universitaria. Se conformaron elevadas expectativas, privilegiándose la enseñanza superior como vía de acceso al reconocimiento social. “Se construyó una imagen social que renegaba de la formación de oficios, incluso se le consideró destinada sólo a personas discapacitadas física y mentalmente” (CESJ, 1999, p. 118).

El desequilibrio de la economía interna a partir de 1986 trajo consecuencias negativas sobre los objetivos de la política social como el bienestar humano y la justicia social. En el primero se rompió la consonancia entre las posibilidades de la economía con la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales. Se comenzaron muchas obras, pero se terminaron pocas, desaparecieron las microbrigadas encargadas de la construcción de las viviendas y otras obras sociales, se dio una inadecuada jerarquización de las inversiones sociales. No se elevó la calidad de los servicios, estos comenzaron incluso a deteriorarse, lo que produjo un foco de malestar en la población. Asimismo, se redujo la oferta tanto de carreras universitarias como de espacios laborales, principales medios institucionales para la satisfacción de expectativas de bienestar material y estatus social presentes de forma creciente en la población.

Además de los errores en política económica, se empiezan a evidenciar en esta década los errores en la política cultural, que conservaba un trasfondo de intolerancia y esquematismo; y se expresaban en el exceso de dirigismo, paternalismo, métodos burocráticos, banalización de conceptos fundamentales que pierden su contenido original como la participación, el compromiso social, la voluntariedad, y el concepto mismo de revolucionario. La modelación dada por el régimen a lo que debía entenderse por actitud revolucionaria, en donde las actitudes aceptadas como legítimas eran las menos individualizadas, las menos polémicas y las más apegadas a las convenciones formadas en las instancias de dirección, tendió a marginar como conflictivos o problemáticos a aquellos jóvenes que por su talento o iniciativa, o al menos, por su frecuente insatisfacción ante los esquemas, no cumplían con los parámetros de normalidad al no adaptarse pasivamente a las directrices. En esta forma de participación institucional, el talento aparece como “autosuficiencia”, la visión crítica de las convenciones ritualizadas como “hipercriticismo” y el deseo de afirmación individual como “individualismo”; calificativos codificados bajo la noción genérica de “problemas ideológicos”. Esto estimuló, entre muchos, actitudes de negación o rechazo a lo establecido, a las instituciones y a los organismos formales de participación.

En las universidades, las cátedras de filosofía marxista que eran la piedra angular del estilo de pensamiento revolucionario que se quería infundar en los jóvenes, pierden credibilidad y eficacia por su esquematización:

Y es que el contraste resulta muy radical; por un lado, se postula que el marxismo es la única doctrina filosófica y social verdaderamente científica y humanista, y por el otro, se simplifican de tal modo sus tesis, principios y métodos que el estudiante recibe una caricatura poco convincente de la ciencia y una visión del hombre sumamente esquemática. (De la Fuente: 1990, p. 65).

La “prosa de ladrillo” de los manuales traducidos y su asimilación mimética en los manuales locales, provocó no sólo un empobrecimiento del lenguaje filosófico, sino que también contribuyó a que el estilo paradójico y sugestivo de los textos no marxistas o filo marxistas que circulaban de mano en mano, entre estudiantes y profesores, resultara más atractivo. Asimismo, los criterios de evaluación generalizados, basados fundamentalmente en la repetición y el carácter formal del llamado “pensamiento independiente” que supuestamente se quiere crear en el estudiante, entraron en crisis.

La falta de interés por lo que el estudiante piensa realmente y la concentración exclusiva en lo que dice es la piedra de toque de un dramático y desmoralizador juego: decir lo que se sabe que otros esperan que se diga y no lo que la lógica personal indica como correcto (De la Fuente: 1990, p. 65).

En 1986 el gobierno cubano inicia un *Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas*, entre las que caracterizaba: el resquebrajamiento de la disciplina laboral, la pérdida de interés por el trabajo, el descenso de la productividad, las manifestaciones de mercantilismo y burocratización, las manifestaciones de indisciplinas sociales, el debilitamiento del sentido de la responsabilidad individual y colectiva, la desatención y desinterés por los problemas sociales, las conductas simulatorias y de doble moral, entre otras (Guerrero, 2000). Pero fundamentalmente pretendía contrarrestar las tendencias mercantilistas, que ocurrían al mismo tiempo en la URSS y modificaban sus mutuas relaciones. Debía evitarse la crisis que ya se evidenciaba en síntomas de recesión económica; para ello se emprenden cambios encaminados a enfrentar la baja calidad de los productos, la deficiente planificación, el incumplimiento de los acuerdos con los países socialistas, las deficiencias en las políticas de normas y primas y el surgimiento de brotes de corrupción, lucro, burocratismo e irresponsabilidad tanto a nivel directivo como de la base.

Era indispensable consolidar el papel del Estado en esos momentos difíciles; el proceso de rectificación consistió esencialmente en otorgar mayores poderes al aparato central. Fue una estrategia de más socialismo y no de reforma o revisión del mismo.

El proceso de rectificación simplemente fue un intento más para optimizar el sistema existente dentro de una perspectiva que pretendía fortalecer el socialismo, pero no pudo resolver los urgentes problemas que debían abordar el Estado y la sociedad cubanos. Estas medidas, a la postre, lo único que lograron fue un aplazamiento de los problemas de fondo que comenzaban a afectar a la sociedad e hicieron que el desmonte del campo socialista se tradujera en una crisis de enormes proporciones (Fazio, 1999, p. 185).

Se convoca, en 1989, al IV Congreso del Partido Comunista a realizarse en 1990, en donde se incluye al sistema político y gobierno cubanos dentro del “proceso de rectificación”, el cual fomenta un debate público y abierto por medio de asambleas de todos los sectores que debían presentar y discutir sus propuestas al año siguiente en las sesiones del Congreso. La población se moviliza y hace presencia en estas asambleas en donde discute y critica ampliamente lo que considera errores tanto de la política cultural como social llevada a cabo por el gobierno. Este proceso de rectificación de errores estimula entonces una mayor voluntad de participación social y un interés por la acción inmediata. Esto tiene una resonancia inesperada entre los jóvenes intelectuales y artistas, en especial los del sector de las artes plásticas quienes son los que más jalonan un proceso de crítica y cuestionamiento de la realidad cubana³⁹.

Para ese momento parecen haberse configurado ciertos modelos de conducta frente a las instituciones, derivados de las características que antes planteamos sobre ellas como su rigidez, su esquematismo y su dogmatismo. Estos fluctuaban entre un escepticismo que ralla a veces con la negación y el rechazo a toda la práctica institucional, y el acomodamiento ideológico que a veces pasa por una fe colaboracionista totalmente acrítica y conformista o un oportunismo que solo busca el interés propio a la vez que sigue todas las directrices y repite todas las consignas. Sin embargo, según Jorge de la Fuente, hizo presencia también en los años ochenta, un considerable sector de la intelectualidad artística que no optó por ninguno de estos caminos de conducta sino que pudo acumular una buena dosis de fidelidad a los principios revolucionarios y de voluntad indagadora en la búsqueda de un pensamiento propio y crítico, que no siempre recibió la atención debida por parte de las instituciones del régimen:

³⁹ Este proceso fue poco conocido en el exterior, al grado tal que en países como el nuestro aún consideramos que en el campo musical cubano, la Nueva Trova sólo se compone de cantautores como Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, cuando en los años ochenta en la isla ya se gestaba el movimiento de la Novísima Trova con excelentes y agudos representantes como Carlos Varela, Gerardo Alfonso, Frank Delgado, Santiago Feliú, Pedro Luis Ferrer, entre otros, continuando con la función que históricamente ha tenido la trova en la cultura cubana como manifestación artística de temáticas sociales y personales, propiciando la autorreflexión.

Fueron los que quisieron ‘coger lucha’ y los que no se conformaron con la popular máxima de ‘ir escapando’, expresión bastante plástica y reveladora de la apatía social. Hay un sector intelectual que ha sido protagonista y partícipe de un movimiento de renovación moral e ideológica que si bien fue impulsado inicialmente y de modo oficial por el proceso de rectificación, venía madurando ya desde principios de esta década (De la Fuente, 1990, p. 62).

Ya para 1985, el 35.6% de la población ocupada del país era considerada como intelectual, por lo que no hay que despreciar este movimiento que se produce precisamente en estas capas, mucho menos si consideramos que los voceros de éste son precisamente los jóvenes educados dentro del proyecto revolucionario que, para esta época, empiezan a mostrar sus obras y primeros trabajos.

Son los artistas plásticos precisamente los que jalonan este movimiento renovador no sólo en el arte sino de los cuestionamientos sociales, debido a que el contexto artístico surgido desde finales de los años setenta, caracterizado por la política flexible y abierta del recién creado Ministerio de la Cultura, favoreció un amplio margen para el debate y la polémica sobre obras e ideas en las escuelas de arte (prácticas no favorecidas en otros espacios como las organizaciones de masas ni los medios de comunicación), prolongándose más allá de éstas mediante las sistemáticas discusiones en la Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos (UNEAC), y los ulteriores encuentros de jóvenes artistas con diversas instancias de dirección del país contribuyendo a crear espacios abiertos donde consolidar, socializar y discutir muchas ideas que sólo estaba esbozadas o que eran compartidas por diferentes grupos. Recordemos también que dentro de la formación dada en las escuelas de arte, el enfoque marxista les enseñaba a estos jóvenes que hablar de cultura y arte era también hablar de política; por otro lado la resistencia del sector intelectual y cultural al dogma y a los esquemas fue particularmente sensible porque significaban un obstáculo directo a la creatividad individual. Todo ello pudo ser expresado públicamente gracias a que las instituciones de la plástica se hicieron eco de la renovación y procedieron a la apertura de espacios legitimadores a los proyectos de los jóvenes, lo cual también recibió sus críticas por dar desmedida promoción a jóvenes sin trayectoria. Cabe destacar que en 1981 se constituye el sistema de galerías del Fondo Cubano de Bienes Culturales y en 1988 para los artistas plásticos se establece en el país la categoría de artista independiente.

La vanguardia artística de los ochenta implementó un lenguaje que rechazaba las pretensiones estéticas tradicionales de belleza y armonía de formas, al tiempo que se instaló en el campo de la ironía, el sarcasmo y la sátira, orientando el contenido de sus obras al cuestionamiento de ciertas zonas de la vida cotidiana impregnadas de inercia, acomodamiento, lugares comunes y formalismo, problematizando temas como la ba-

nalidad en los medios masivos (fundamentalmente la televisión), las prácticas nocivas a la moral socialista como el fraude y el vaciamiento de contenidos en lo ideológico como el cliché político, la mistificación y despersonalización de los héroes y de las consignas institucionalizadas, que se habían afianzado tanto en la década pasada; todo esto por medio de las propiedades inquisitivas del arte y sus posibilidades como medio alternativo de comunicación, lo que se tradujo en obras o exposiciones sobre temas sociales polémicos⁴⁰.

Las exposiciones de diversos artistas fueron rechazadas por algunos, al calificarlas como desviaciones agresivas y con fines contrarrevolucionarios. Las críticas no se hicieron esperar. Un artículo del “Caimán barbudo”, periódico especializado en artes, llamado “Desafío en San Rafael” (alude al centro de arte situado en esta calle donde se realizó la exposición de Volumen I), dirigió sus embates sobre la “posición estética de un grupo de jóvenes por entregarse a las rutas del supuesto arte internacional de las metrópolis consumistas”, tildándola de desafiante y acusándola por el abandono de la identificación con los valores definitorios de la identidad nacional. Las polémicas se desataron con vigor creciente entre los teóricos del arte, de modo que espacios institucionales que se habían abierto, sirvieron de escenarios para enfrentamientos cada vez más fuertes. La respuesta oficial fue poner orden a aquellas experimentaciones consideradas, desde la perspectiva institucional, como desmedidas, desvirtuadoras de los propósitos iniciales de abrir nuevas direcciones estéticas al arte y a su intervención a favor del desarrollo social, en tanto contrapuestas a la ética y principios ideológicos que sustentaban la política cultural.

La toma de la palabra hecha desde el arte durante la década de los ochenta, proviene de los mismos valores socialistas y revolucionarios en los que fueron educados estos jóvenes, vistos desde una mirada cuestionadora de la teoría y los discursos, de la práctica y la vida cotidiana en donde muchos postulados se contradecían, y desde una posición que no pretendió hacerle juego a los pretextos de coyuntura que postergan la crítica y la realidad para un tiempo no preciso en el futuro, al estilo de: “no están dadas todas las condiciones” o “no es el momento de abordar ciertos problemas”.

La plástica cubana de planteo social parte de posiciones socialistas, arremetiendo contra males internos desde una eticidad guevarista que busca actuar con realismo

⁴⁰ En este mismo sentido se expresan las instalaciones del llamado Grupo Provisional fundado en 1987, las cuales parodian la estética del llamado “realismo socialista” y en general, los estereotipos representacionales de la propaganda y la decoración política, en especial en “sus efectos teatrales, su megalomanía y el vacío envejecido de sus textos”. De La Fuente, Jorge. (1990). “Sobre la joven intelectualidad artística. *Temas*, No. 19, pp. 59-73.

en el presente [...] La gente en Cuba cree en un reverdecimiento socialista que active las posibilidades de este sistema, entre otras cosas porque en Cuba la revolución ha sido popular y ha significado logros sociales únicos para el orbe subdesarrollado⁴¹.

Era la búsqueda por parte de los artistas de una sociedad renovada, más acorde con los principios postulados por la ideología marxista-leninista y con la participación de todos, una renovación de la Revolución⁴². En esa medida, se buscaba también la renovación de conceptos que habían perdido sus significados. De esta forma, en diversos debates públicos, la joven intelectualidad cubana pone en primer plano el concepto mismo de revolucionario como algo opuesto al acomodamiento y al conformismo, defendiendo una definición de sujeto transformador, apasionado al cambio, dejando más espacio a la autenticidad y a las individualidades. Asimismo, los estudiantes rebautizan la asignatura Comunismo Científico con el nombre de Ciencia-Ficción como forma de rebeldía ante la esterilización retórica del marxismo; así, partían de un acto de resignificación de los nombres mismos de las cosas, en función de buscar la verdadera correspondencia de los significados de estas palabras, que habían dejado de comunicar, en la realidad vivida por ellos, lo que nombraban, presentándose como contradictorias o vacuas. De esta forma, con menos espectacularidad que los artistas plásticos pero con similar constancia, los estudiantes universitarios y en particular los del sector de Humanidades se plantearon preocupaciones y críticas sobre el esquematismo y la escolástica que permeaban los métodos de enseñanza y el contenido mismo de las asignaturas de ciencias sociales, pilares básicos de su formación ideológica e intelectual.

En esta misma tarea de reinterpretar la realidad cubana con un lenguaje propio se encontraba el movimiento musical de la Novísima Trova que se crearía en esta década. Al respecto Gerardo Alfonso en una entrevista para la *La gaceta de Cuba* comentaría:

En ese período, años ochenta, me convertí un poco en un cantautor irreverente; yo era incomprendido, porque yo tampoco comprendía muchas cosas y no me comprendían la reacción. Yo y toda la generación mía nos pusimos muy molestos y sí empezamos a cantar cosas de la sociedad que no se querían mostrar, porque el Estado tenía otra manera de mostrar la realidad que vivimos, eso trajo algunos problemas⁴³.

El cine no escapó a la censura defensiva, en 1990 Daniel Díaz Torres presenta su película “Alicia en el pueblo de Maravillas” con la cual la producción cinematográfica

⁴¹ Catálogo de la exposición “Los hijos de Guillermo Tell” de 1987.

⁴² Aldito Menéndez, inspirador del grupo Arte Calle, pintó un letrero en la calle que decía: “Reviva la Revolu” y debajo convocaba a una colecta para terminar la obra.

⁴³ Armenteros, Z. (1997). “Gerardo Alfonso: el mismo y el otro”. *La gaceta de Cuba*, No. 3, mayo-junio, pp. 41-44.

parecía volver a retomar el examen crítico de la realidad del momento que había dejado a un lado el cine de los setenta. Esta película, con sus incisivos señalamientos al burocratismo, la doble moral, el fraude, la corrupción y otros males sociales, sale a la luz en un momento en que el mundo socialista cada semana daba síntomas crecientes de desmoronamiento y los detractores de la Revolución ensayaban pronósticos con los cuales poner fecha conclusiva al proceso social iniciado en 1959, de modo que se convierte en el blanco desmesurado de periodistas y funcionarios cuyo único interés era velar por la claridad ideológica de las obras y su transparencia apologética. El escándalo que produjo esta película llegó hasta la declaración en los medios del cierre del ICAIC. Dicho cierre no se dio, pero el suceso incidió fuertemente en la posterior manera de hacer cine en la década, con efectos más bien paralizantes.

Todo este movimiento de cuestionamiento y búsqueda de nuevas interpretaciones, tenía como proceso subyacente el deterioro y quiebre de la unidad que se iniciaba dentro del campo socialista soviético, el cual repercutía de forma muy intensa en Cuba no sólo económicamente, sino en el futuro mismo de la Revolución, al ponerse en peligro el cumplimiento de las promesas hechas por ésta y fuertemente sustentadas en la gigantesca colaboración que recibía por parte de la URSS.

Aunque el movimiento de crítica y renovación no fue general para el resto de la población cubana, las llamadas acciones plásticas (*performance*) se convirtieron en esta época en verdaderos acontecimientos de público, al menos, las últimas exposiciones del año 1988⁴⁴, reuniendo cada una el día de su inauguración cerca de 500 espectadores, en su mayoría jóvenes.

La postura oficial se negó entonces a escuchar las nuevas propuestas o a dar respuesta a los interrogantes planteados desde el arte; el diálogo social que los jóvenes artistas pretendieron abrir no se logró. Lo expresado en las exposiciones plásticas fue interpretado por las instituciones como estrategias de la política enemiga y desviaciones de zonas periféricas del sector artístico como consecuencia de una deficiente formación político ideológica y de la debilidad del trabajo ideológico en el sector cultural⁴⁵. Las instituciones cerraron los espacios que, como opciones para la exhibición y la experimentación, antes se habían abierto y las medidas que se propusieron para contrarrestar lo que ellos consideraban desviaciones en el sector cultural estuvieron encaminadas a lograr un mayor control de éste por parte del Partido.

⁴⁴ Muestras como: “No es sólo lo que ves”, en la Escuela de Artes y Letras, “Rectificación” en Luz y Oficios y “No por mucho madrugar [...]” en la Fototeca de Cuba.

⁴⁵ En: Aguilera, P. P. (1990). *Análisis sobre la situación política en el sector cultural. Medidas*. La Habana, Informe. Se planteó: “La intención del enemigo y de los grupúsculos disociadores que perviven todavía en el seno de nuestra sociedad es crear el escándalo alrededor del arte”. p. 4. “No es ajeno a la política enemiga, en su objetivo de aislar y desprestigiar a Cuba, el intento de desunir,

Es necesario organizar una vanguardia intelectual y cultural que, orientada por el Partido, puede constituirse inicialmente con un grupo de trabajadores intelectuales de prestigio y autoridad moral, quienes, apoyándose en los mecanismos mencionados (educación, cultura, conjunto de instituciones) generen un intenso movimiento ideológico en el seno de la sociedad cubana, encaminado a promover las mejores ideas y los más nobles sentimientos, así como a fortalecer la cultura política de nuestro pueblo y en especial de su generación más joven (Aguilera: 1990, p. 22).

Se optó en esa medida por fortalecer el trabajo y la autoridad de los Consejos Populares de Cultura, profundizar en la formación humanística y cultural dentro del sistema de la enseñanza artística (cátedras martianas), estudiar la forma más consecuente de impartir el marxismo-leninismo en las carreras humanísticas (volver a los clásicos y dejar los textos soviéticos), desarrollar un trabajo político más dinámico y coherente en la enseñanza artística. “Ello deberá acompañarse de la vigilancia permanente en cuanto a la calidad de los claustros en los cuales no pueden tener cabida improvisados o malintencionados que manipulen sus relaciones con sus alumnos”, trabajar por superar la crisis en la Asociación Hermanos Saíz, designar inmediatamente los cuadros fundamentales del Consejo de las Artes Plásticas, así como de otras instituciones del sistema del Ministerio de Cultura, formar promotores y dirigentes de la cultura, analizar, en los medios de difusión masiva, la creación de columnas y espacios para los análisis de fondo de los problemas de la cultura y fortalecer el papel del Partido en el sector cultural (Aguilera, 1990, p. 22).

Para muchos, la realización del IV Congreso en 1990 finalmente no fue lo que prometió ser, aunque en las discusiones se expresaron muchas cosas antes no dichas, las decisiones finales siguieron los parámetros establecidos, incluso con mayor rigidez, tomándose en cuenta sólo lo más cercano a las propuestas y opiniones de los cuadros del Partido. Esto ocasionó no pocas desilusiones y actitudes de rechazo:

Creo que todos, de algún modo como nos creímos el cuento de los derechos que nos asistían, asumimos la sociedad en que nacimos como tan nuestra que nos dimos a la sincera tarea de transformarla más. Al menos, eso pensamos que se nos pedía. De modo que fue una primera reacción natural, un deber moral. He ahí el primer error, porque era una “sociedad nueva” fabricada por gente de otra sociedad, que habían

enfrentando a las distintas generaciones y tendencias estéticas que convergen en el mosaico de la actual cultura cubana” p. 6. “Es muy peligroso permitir, sin la debida respuesta, una revisión incesante de las figuras vertebrales de la cultura cubana, pues resulta obvia la iconoclasia anarquizante derivada de tales propósitos” p. 11. “No pocas posiciones hipercríticas, a veces, incluso, difundidas con un lenguaje irreverente, chabacano y hasta insolente, son hijas de una deficiente formación política, ideológica y de lagunas culturales” p. 16.

estado en desacuerdo con aquella [...] Donde comenzaron los forcejeos fue cuando nuestros cambios amenazaban precisamente la estabilidad de sus creadores, padrecitos voluntariosos, diosencillos dadivosos [...] De alguna manera había que decir basta, estoy aquí, soy tu hijo y quiero hablar en mi idioma. Un idioma que ya tenía de los prohibidos Beatles, un idioma de viajes a la luna, de cosas que nos pertenecían cuando se nos decía que la propiedad era muy mala⁴⁶.

De esta misma época y con este mismo tipo de interpretación es la canción *Guillermo Tell* de Carlos Varela otro joven de los ochenta que a diferencia de Fernández sí se quedó en Cuba. Esta canción fue de bastante acogida entre la juventud de la época y se oye aún hoy en día cantada por los jóvenes de los noventa en una que otra “descarga”, más nunca por la radio:

Guillermo Tell no comprendió a su hijo/ que un día se aburrió de la manzana en la cabeza,/ echó a correr y el padre lo maldijo/ pues como entonces iba a probar su destreza.

Guillermo Tell tu hijo creció/ quiere tirar la flecha/ le toca a él probar su valor/ usando tu ballesta.

Guillermo Tell no comprendió el empeño/ pues quien se iba a arriesgar al tiro de esa flecha/ y se asustó cuando dijo el pequeño/ ahora le toca al padre la manzana en la cabeza.

Guillermo Tell no le gustó la idea/ y se negó a ponerse la manzana en la cabeza/ diciendo que no era que no creyera/ pero qué iba a pasar si sale mal la flecha.

Al preguntarle sobre su propia canción a su autor, él la interpreta de esta manera:

Yo pienso que lo esencial de mi generación tanto como músico o como la generación que acompañó toda esta música lo trato de resumir en la canción “Guillermo Tell” cuando intento decir: “ok, papá, tú sabes, hasta ahora tu creciste y has demostrado tu destreza, mientras yo me he puesto la manzana en la cabeza, ok, ya crecí, gracias a ti, estudié, pienso, tengo mi criterio, creo que la Revolución cubana es uno de los proyectos más grandes que se han hecho del siglo pasado y de este siglo ¿por qué no?”. Ahora eso, como dice la propia palabra, la revolución, no todo se queda ahí, hay que seguir, hay que cambiar, hay que crecer, la canción “Guillermo Tell” te dice, es hora ya de que ahora te pongas tú la manzana en la cabeza y confíes en mí yo voy a tirar la flecha, porque es hora de que yo use tu arco, tu ballesta, en buena medida no suele pasar así como quisiéramos en muchos casos, en el periodismo por ejemplo, en muchos casos, no sólo en Cuba sino que viaja un poquito y vas a Estocolmo y te encuentras algo parecido o a Nueva York⁴⁷.

⁴⁶ Escritor Ramón Fernández Larrea, exiliado en Islas Canarias, comenta en una entrevista cedida a nosotros por un joven cineasta de La Habana.

⁴⁷ Entrevista con Carlos Varela, cantautor del movimiento de la Novísima Trova cubana. La Habana, 17 de enero de 2003 (Realizada por las autoras).

Muy distinto registro sobre la década de los ochenta y sus jóvenes hicieron las instituciones oficiales cubanas, como el Centro de Estudios de la Juventud de la Unión de Jóvenes Comunistas, limpiándola de conflictos y de voces discordantes:

Puede asegurarse sin temor a equivocarnos, que la cohorte de individuos arribantes a la juventud en los años ochenta fue la generación con más altos niveles de vida alcanzados en el país en toda su historia. Este proceso de movilidad social ascendente predominante llevó a los jóvenes a ocupar espacios laborales de elevadas exigencias profesionales en todos los sectores de la economía, sobre todo, en la industria, la salud y la investigación científica. En el ámbito político esta generación tuvo una alta influencia en la vida del país con una intensa participación en todos los espacios, tanto formales como informales. Así, la UJC llegó a contar con algo más de medio millón de militantes y los órganos electivos del Poder Popular reunieron los más altos índices de representatividad joven desde que fueron creados. Esta juventud de la que hablamos creció además en un clima de alta equidad y justicia, fuera de toda proyección discriminatoria, donde predominaba, a pesar del paternalismo igualitarista, una efectiva igualdad social conjuntamente con los valores forjados al calor del proceso revolucionario (CESJ, 1999, p. 63).

El proceso cubano perdió durante estos años, una oportunidad preciosa de renovación, de revitalización a través del relevo generacional o al menos de la apertura al diálogo intergeneracional, que a partir de este momento queda bloqueado y será la constante en adelante en la relación del régimen con las nuevas generaciones.

La estrategia de supervivencia ante una posible crisis fue la profundización y perfeccionamiento del proyecto socialista de manera unida en defensa de la independencia nacional, bajo la consigna de “socialismo o muerte”. El proceso de rectificación de errores quedó incompleto, toda crítica debía ser postergada y toda la sociedad debía cerrar filas ante la situación de aislamiento. La crisis económica ha llegado.

De alguna manera, una sensación de desilusión, desencanto y desamparo, comenzó a evidenciarse en diversas manifestaciones artísticas, entre ellas la música; por la difícil realidad social, la crisis económica, las dificultades con el comercio y el intercambio con el resto del mundo; cuando ya no se ven los barcos soviéticos desde la orilla del mar y no regresan más porque los planes quinquenales de intercambio de productos han sido suspendidos.

Cuba veía derrumbarse un fuerte referente. El campo soviético no solo abastecía la isla en materia económica sino también ideológica; un poco más de dos décadas de continuas influencias a través de sus teorías, de sus técnicos, de sus películas y de sus lineamientos culturales. Ahora la isla se encontraba sola con un proyecto cuya legitimidad ya no estaba sustentada en la ejecución de este por todo un bloque de países socialistas que parecían llevar el porvenir en su seno. Apelando de nuevo a las mani-

festaciones artísticas, que tuvieron un fuerte papel interpretativo de la época, puede retomarse la canción *Robinson (solo en una isla)* de Carlos Varela, la cual es entendida, al menos por los musicólogos de la isla, como la expresión de ese aislamiento, del hombre solo en la isla que se sentía en ese momento tanto por el bloqueo como por la caída del campo socialista:

Cuando Robinson abrió los ojos/ y vio que estaba solo en una isla./
En su pequeño y solitario pedazo de tierra,/ abrió los brazos hacia Dios/ y se quedó mirando al cielo
La religión empieza en los murales de la escuela,/ en una foto, en un altar y en un montón de velas.
Están tumbando las estatuas del osito Misha⁴⁸/ y en este juego de la historia/ sólo pasamos ficha.
Algunos prefieren decir:/ ¡Recuerda la Revolución ahora!/
Pero otros quisieran decir:/ ¡Remember the Revolution now!
Algunos hablan de la crisis del marxismo/ algunos lloran, ríen y a otros les da lo mismo.
Cuando Robinson abrió los ojos/ y vio que estaba solo en una isla,/ solo en una isla/
como tú y yo.

⁴⁸ Personaje de dibujos animados rusos transmitidos por la televisión cubana en la década de los ochenta.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

IV. EL MUNDO ES ALGO MÁS QUE EL CAMPO SOVIÉTICO

Acabado así su matrimonio con los rusos, Cuba entra en la década de los noventa. Esta década constituye para la isla un cambio de horizontes. Un periodo de transición.

Con la caída del bloque socialista soviético, Cuba pierde así a su padrino protector que en materia de economía le resolvía su venta de azúcar, sus necesidades alimenticias, de petróleo, electrodomésticos, maquinaria y armamento, con los que Cuba suplía sus deficiencias en materia económica propia y creaba una dependencia absoluta a su relación con este campo que le impide desarrollar mercados distintos, una industria propia y la condiciona al uso de mecanismos de gestión económica sólo aplicables a esta relación que luego le serán inútiles en las nuevas condiciones.

La asimilación hecha en Cuba del modelo de desarrollo soviético también comprendió muchas de sus deficiencias: no solo su rigidez y poca movilidad, sino también el modo despilfarrador de una estrategia de crecimiento extensivo que demostró su incapacidad para reconvertirse en un sistema de crecimiento intensivo.

Le quedaba como legado una economía desproporcionada e ineficiente incapaz de sobrevivir sin los volúmenes inmensos de importaciones, y que además se había especializado en la exportación de algunas pocas materias primas como el azúcar y el níquel, así como divorciado prácticamente del mercado mundial (Burchardt, 1998, p. 30).

Por esto, cuando Cuba queda sola y debe prescindir de estas importaciones, el país queda arrasado porque no tiene nada propio y así es como se inicia una de las etapas más crudas para la economía cubana en donde hasta lo más básico escasea y pone a tambalear los logros de la Revolución ya que la alimentación bajó a niveles nutricionales mínimos indispensables para la salud. No habían electrodomésticos, ni artículos de uso

personal, se redujo el combustible y el transporte, se ampliaron los cortes de luz. Los servicios sociales fueron sometidos a tensiones y ajustes por carencias económicas. Se afectó la educación, la salud, la cultura, el deporte y la recreación. Disminuyeron las actividades artísticas, culturales, deportivas y recreativas. La TV y las publicaciones también se redujeron al mínimo. El PIB cubano disminuyó en más de un 40% entre 1989 y 1995.

Existe el recurso humano pero no el material con que poner a andar esto que había construido y que lo sustentaba como proyecto político. “[...] en julio de 1993 se agotaron las reservas energéticas y la falta de liquidez llegó a su punto más bajo. Sin recursos y sin créditos el país se paralizó casi por completo” (Campa y Pérez, 1997, p. 138).

Cuba tuvo entonces para sobrevivir que abrirse al mundo, necesitaba poder restablecer los lazos comerciales que durante tanto tiempo suspendió con los demás países y como estos países son capitalistas pues al régimen cubano no le quedó más remedio que tomar medidas de ajuste, adaptación y transformación estructural que le permitieran este intercambio con estos países, lo que significaba empezar a hablar de la economía de mercado y de muchas cosas de las que antes no se podía ni hablar. Sin embargo, según criterio de expertos como Burchardt, lo que se da en la isla es una serie de “transformaciones a medias” que solo se concentran en la economía. “Mayores reformas en las esferas económico-político se rechazan de forma vehemente” (Burchardt, 1998, p. 31).

Esos esfuerzos iniciales de reordenamiento económico hacen indispensable emprender reformas institucionales de primera magnitud, ante normas, regulaciones o formas de organización y conducción económicas que obstaculizan la satisfacción de los nuevos objetivos o la implantación de nuevos mecanismos de manejo macro y microeconómico por el cambio de circunstancias en que se desenvuelve el país. (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2000, p. 18).

Había que ser competitivo y flexibilizar ciertas estructuras y conductas, ser eficiente y empezar a fabricar sus propias cosas, lo que a la vez que sumía a Cuba en una gran miseria como primer momento, también le abría una serie de posibilidades de desarrollo propio y de aperturas en todos los campos que en el anterior sistema de dependencia eran casi imposibles.

La necesidad de disponer de fuentes estables de financiamiento externo lleva a liberalizar y promover el régimen de inversión extranjera, por lo tanto a modificar el régimen jurídico de la propiedad. En la búsqueda de una flexibilidad indispensable para la competencia con los mercados de Occidente, el monopolio estatal del comercio exterior se descubre operativamente inapropiado, por lo que se descentralizan operaciones, se permite la multiplicación o se acrecienta la autonomía de empresas estatales y privadas vinculadas a las operaciones con el exterior, lo que a su vez genera nuevas

necesidades de servicios que llevan al establecimiento de bancos, agencias financieras y otras actividades complementarias del intercambio con los nuevos mercados. Ante el imperativo de aminorar los déficit públicos y de adaptar la organización institucional a las nuevas circunstancias se implementan reformas tendientes al adelgazamiento de la administración pública “se entrega 75% de las tierras al manejo de cooperativas y agricultores individuales”, se establece el criterio de suprimir gradualmente los subsidios a empresas que no estén en condiciones de competir o de generar ingresos en divisas (Comisión Económica para América Latina y el Caribe: 2000, p. 18).

Para aceptar estas aperturas económicas la ideología debía flexibilizarse y de esta forma, muchas de las revaluaciones que pedían los jóvenes en los ochenta hacia determinadas rigideces y dogmas de la ideología marxista-leninista, se dieron en esta época pero como consecuencia de la necesaria adaptación a la inserción en el mundo por la que debía atravesar Cuba para sobrevivir y no porque el régimen aceptara un diálogo social que mostrara versiones o interpretaciones distintas a las del Partido del proyecto socialista cubano. Al respecto de esta flexibilización de algunos conceptos en la ideología en el sector del turismo nos explica un joven cubano:

Nosotros nunca habíamos tenido la ideología esa de atraer turistas, de publicar cosas en el internet para que la gente las vea, de, no sé, de vender el producto turístico, porque bueno, tú no ibas a aceptar un alemán de Alemania Federal porque eso es un problema ideológico, no podías aceptar a un europeo de Europa Occidental porque problemas ideológicos, a un asiático tampoco, americanos, no se podía. Ahora no, ahora te cagas en la ideología, ¿entiendes? Tienes que aceptarlo porque si no, de dónde vas a sacar turistas? (Matías, 24 años).

De esta forma, aparece el sector de la economía mixta y de capital extranjero, se amplía la pequeña producción privada urbana y rural, decrece el sector estatal, se legaliza la libre circulación del dólar, se legalizan las remesas familiares desde el exterior, se multiplican las fórmulas de estímulos en divisas o artículos en el sector emergente o actividades priorizadas y se potencian nuevos sectores económicos como el turismo y la biotecnología.

Poco a poco emerge una segunda economía al favorecerse la inversión extranjera, permitirse la formación de mercados libres, de cooperativas y pequeñas empresas individuales o familiares y al concederse autonomía e incentivos al desarrollo del sector exportador. Todo ello marca el inicio de la formación de un segmento social no dependiente enteramente del Estado asentado en la segunda economía.

Todo este desarrollo de la economía jalona una recomposición socioclasista de la sociedad cubana en donde aparecen nuevos grupos sociales con acceso a los dólares y

se diversifica el número de los grupos socio-ocupacionales: además de los vinculados al sector estatal cuyo salario se ve deteriorado fuertemente, aparecen los vinculados a la economía mixta y al capital extranjero y los ocupados en la economía informal como asalariados o trabajadores autónomos. Aparecen fenómenos como la polarización de los ingresos con un ensanchamiento de las desigualdades sociales particularmente en el consumo y las oportunidades. También hay que resaltar que a diferencia de la situación anterior de pleno empleo, el desempleo se convierte en un rasgo estructural de la sociedad cubana y ha afectado especialmente a los jóvenes menores de 30 años (60% de los desempleados) y a las mujeres.

Aunque la política de ajuste contempla mantener el derecho de todo ciudadano al trabajo y se trata de mantener lo alcanzado en el área de salud, educación, seguridad y asistencia social, ya que estas son las áreas que sustentan el proyecto político socialista cubano, en esos años resulta evidente que es imposible pretender una política de pleno empleo pues las condiciones económicas no lo permiten, lo que conlleva a un deterioro de la imagen de seguridad que hasta el momento era portador el Estado socialista. Antes bien, desde 1993 se plantea la recuperación del orden financiero para lo cual se aplica un sistema impositivo, entran en vigor impuestos a los cuenta-propistas, impuesto progresivo sobre la ganancia, impuesto a los viajes al exterior y por documentos tramitados en el registro civil y por radicación de anuncios y propaganda comercial y se da el incremento en las tarifas de determinados servicios como el eléctrico.

Igualmente, la propiedad estatal deja de ser la única y principal fuente de empleo y recursos monetarios para la población, la cual encuentra otras vías de inserción social y fuentes de ingresos por medio ya sea del trabajo cuenta propia o de la inserción en el sector de la economía mixta y de capital extranjero.

Estas limitantes junto a la escasez de recursos económicos por parte del Estado y de la inevitable entrada de productos culturales, de corrientes de pensamiento y de metodologías del resto del mundo le restan capacidades de control sobre la población al Estado que se tiene que enfrentar ahora a una población mucho más diversa tanto en sus actividades como en su forma de pensar y cuyas demandas sociales tampoco es capaz de satisfacer de manera aceptable.

Con la reforma a la Constitución de 1992 se inician algunas estrategias del gobierno cubano para adaptarse a estos cambios de las nuevas condiciones de inserción al mundo y para poder responder a la creciente diversidad de la población que con los antiguos criterios de homogeneidad y centralización no alcanza a cubrir. Estas medidas le garantizarían la continuación de su control bajo este nuevo panorama económico y social. Es así como se suprime la noción de dictadura del proletariado y el carácter clasista del Estado, se suprime toda referencia al ateísmo como ideología oficial, se establece

el voto universal, secreto y directo para la elección de representantes a la Asamblea de todos los niveles y se crean los Consejos Populares para la movilización de los recursos locales. Estas medidas serán calificadas por el gobierno como de apertura democrática y descentralización, sin embargo, en la práctica, el control del Partido Comunista seguirá recayendo en las formas anquilosadas y conservadoras que como vimos había adquirido hace ya tiempo, sobre amplios ámbitos de la vida del país como la información y la participación, justificando la falta de apertura en estos ámbitos en la defensa de la seguridad nacional que ahora se veía amenazada por leyes norteamericanas como la Torricelli y la Helms Burton que arreciaban el bloqueo contra Cuba y condiciona su levantamiento a un cambio de sistema político⁴⁹.

Es en este contexto entonces en donde se desarrolla la generación más joven de cubanos, la que más nos interesa en este trabajo, la de los nacidos entre 1971 y 1985 que tienen ahora entre 17 y 32 años, y de la cual vamos a hablar en el siguiente capítulo.

⁴⁹ “Ante el anuncio explícito de Richard Nuccio, entonces asesor especial de Clinton para Cuba, de usar a las ONG para impulsar la transición cubana hacia la democracia, el gobierno de la isla no hizo distinciones entre las ONG cubanas independientes y las manipulables, frenó su crecimiento [...] luego, el gobierno reforzó sus organizaciones de masas y volvió a poner el acento en el lenguaje de fortaleza sitiada”. Campa H. y Pérez O., op. cit., p. 353.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**